

# EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Teatros, Labores y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. La jóven asiática, por don A. Pirala.—Cartas á Julia, por doña Angela Grassi.—A la Primavera [poesia], por don Timoteo Garcia del Real.—El cirujano de Marina [continuacion], por don R. R. de Mendoza.—Revista semanal, por doña María de la Paz.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINAS: Segundo Figurin.—Pliego de Dibujos.

## INSTRUCCION.

### LA JÓVEN ASIÁTICA.



L Asia, donde segun el Génesis estuvo el Paraiso, la primera parte del mundo que ha sido habitada, fué tambien el primer sitio que vió á la mujer, compañera del hombre y alegría del Edem.

Y sin embargo, allí donde la mujer tuvo su cuna, vive esclava, y bajo el imperio de unos celos que la hacen mas desgraciada aun.

La jóven asiática no es la jóven de nuestras sociedades civilizadas: sigue la suerte de su madre, y vive retirada del mundo, sin derechos ni libertad de accion. La mujer allí es cosa, no persona: y su educacion consiste en saber bordar, en teñirse las cejas, los dientes, y con frecuencia las venas de la cara y las uñas. Como complemento á tan fútil educacion é instruccion, aprende á salmodiar algunos cantos, acompañándose con una especie de guitarra. Algunos conocimientos culinarios forman parte tambien de su enseñanza: los pasteles, los dulces, las bebidas y confituras, son del dominio de las mujeres. En las familias de pocas comodidades, hacen las hijas el pan y la comida.

Se ha dicho muy acertadamente que cuán lejos de la existencia de las jóvenes de Oriente está la de nuestras europeas, tan libres, tan instruidas, tan obsequiadas, tan mimadas en la familia y en la socie-

dad! No cuestionaremos sobre la mas ó menos grande suma de alegría que da la claustracion en que viven las orientales: sin duda aman ellas esa manera de vivir, y hallarian la nuestra muy humillante, muy singular, y quizá muy fastidiosa. La Providencia, en su sabiduría, forma caracteres y vocaciones para todos los climas y para todas las partes del mundo; y luego las costumbres, los usos, han ido haciendo poco á poco una ley natural de la existencia insignificante, ociosa é inútil de las mujeres de Oriente, y su posicion les es sin duda querida. Mas no se busquen en Asia las virtudes viriles de nuestras mujeres de Europa: las jóvenes del Asia no se consideran en la sociedad en que viven sino como una cosa bella y agradable, y no como miembros de esta sociedad de que son el adorno.

En sociedades de tal manera constituidas, cuando ya se ven decadentes, no esperen su regeneracion de los varoniles esfuerzos de la piedad y de la virtud de la mujer, porque sin influencia ésta en la familia, ni puede corregir sus vicios, ni aun si los conoce le es lícito criticarlos. Sometida á reglas su conducta, y hasta sus acciones, solo puede perfeccionar los adornos y pinturas que emplee en sí misma, y la confeccion de dulces.

Los deberes de la piedad filial se imponen como fuerza de derecho, no como espresion de cariño, y aunque conservan los del amor maternal, porque son deberes naturales, no inculcarán en sus hijos esos elevados sentimientos de nuestras europeas, porque no está entre nosotros relajada su valentía. No dudamos que la madre china ame á su hija tanto como la europea, mas es con otras condiciones y con otras formas.

Quizá tambien en medio de aquella vastísima par-

te del mundo, que encierra tantas sociedades diversas, tantos usos y costumbres disparatadas y diferentes, pudieran hallarse modelos que imitar; mas aunque no conozcamos completamente aquel estensísimo pais, y nos sea difícil hablar de la suerte y de la educacion de las jóvenes de cada una de las regiones en particular, no creemos aventurado decir, que en casi todo él hay uniformidad de esclavitud, y decadencia de la mas bella mitad del género humano.

Y no puede ser otra cosa mientras la Europa no lleve allí su civilizacion, mientras no comprendan que el enaltecimiento de la mujer es el de la familia, y por consiguiente el de la sociedad, y consideren entonces á la mujer como la compañera, y no como la esclava del hombre.

A. PIBALA.

## GARTAS Á JULIA.

### VIII.

Voy á continuar, querida Julia, mi relacion, reclamando tu indulgencia.

—En fin, les dije suspirando, ella no está, y procuraremos arreglarnos del mejor modo posible. Para esto he subido. Dígame Vd. qué es lo que le hace falta...

—Yo te lo explicaré, interrumpió la pequeña María. Mira, se le pone delante aquella mesa, que está ahí, y tío Tomás escribe, y nosotros tambien, porque tú no sabes... nosotros escribimos...

Fuí á coger la mesa, pero quise apresurarme tanto á llenar mi cometido, que di un golpe con ella á Luis, el cual se echó á llorar amargamente.

Mientras procuraba consolarle con mis caricias, María repuso:

—Ahora abres aquel armario, y sacas los objetos necesarios para escribir. En un estante encontrarás los tinteros, y las botellas de tinta, y las plumas, y en el otro los papeles.

Enarbolé las llaves, y me dirigí majestuosamente al armario, pero probé una porcion de ellas, sin poder hallar la que buscaba.

Impacientada con mi propia torpeza, exclamé re-  
funfuñando:

—Qué manía de cerrarlo todo! Cómo si en las casas hubiese ladrones!

Por fin la encontré, y saqué tres tinteros y los papeles que D. Tomás me designó.

—Te falta el lapicero, dijo María sonriéndose.

Yo me puse á buscarlo, pero como tardase en ha-

llarle, para ver mejor, coloqué tres grandes botellones de tinta en el estante de los papeles. Por fin, despues de haberlo revuelto todo, como yo tenia costumbre de hacer en mi papelera, di con el malhadado lapiz.

—Te falta otra cosa, te falta otra cosa, dijo María dando palmaditas. Un taburete para los piés, el que está en aquel rincon, y una almohada para recostarse.

Para complacer mas pronto á D. Tomás, dejé abierto el armario, corrí á la cama, tiré de una almohada, sin cuidar del desórden que producía, y fuí á llevársela juntamente con el taburete.

Entretanto, el niño seguia llorando, con tanta mayor furia, cuanto veia que no le hacíamos caso.

—Vamos, Luisito, dijo D. Tomás, que el daño no ha sido tan grande para que te lamentses así! Ven á dar tus lecciones y á escribir, para que tu mamá vea cuán bien lo haces.

Yo cogí al vuelo la ocasion de apaciguarlo, y exclamé con aire de proteccion.

—Dispénsele Vd. por hoy... hoy hará fiesta.

Secáronse al oír esto como por encanto las lágrimas del niño, y se puso á dar brincos de alegría.

—Y yo tambien? dijo su hermana.

—Tú tambien, y para que jugueis y esteis contentos, os voy á dar una cosa á cada uno.

Subí volando á mi cuarto. Cogí un retazo grande de un vestido mio de seda, y una hermosa estampa, y volví triunfante á la habitacion de D. Tomás.

Pero en ella ya no reinaba la alegría de antes. Los niños estaban aterrados, y D. Tomás hojeaba un gran cuaderno, murmurando tristemente.

—El trabajo de un año perdido, de todo un año!

El cuaderno parecia un mapa lleno de inmensas cordilleras negras. Entonces mi vista, pasando rápidamente del cuaderno al armario, contempló el espectáculo mas horripilante. Los tres botellones, colocados al borde, se habian hecho pedazos, y estantes, armario y suelo, todo estaba convertido en un lago tan negro, como la desesperacion que se apoderó de mi alma.

Un enorme gatazo, que estaba encima de la ventana mirándome con sus ojos verdes y relucientes, como si se estuviese burlando de mí, era el autor de tanto estrago.

—Mira, mira, decia la niña, sacando á montones los papeles inundados de tinta.

Sin duda mi cara debió reflejar todo mi espanto y mi afliccion interior, porque el buen anciano exclamó sonriendo:

—Ea, basta de lamentaciones! Lo que no se ha podido evitar no se debe sentir! Lo volveré á copiar: gracias á Dios me sobra tiempo para ello! Vamos, no hay que afligirse, añadió, viendo que se asomaban á mis párpados dos lágrimas rubuosas; lo que hay que hacer, es remediar en cuanto se pueda el mal.

Estas palabras me sacaron de mí estupor.

—Corre, corre, dije á Maria, y haz que Susana suba con un cubo de agua.

Susana era la vieja compañera del viejo Antonio; una de las dos estantiguas que tanto me habian chocado al llegar á aquella vieja casa; solo que la fisonomía de Antonio respiraba bondad, y Susana, con su rostro torvo, aparentaba tener un génio igual al del marido de la abuela.

Vino gruñendo, y se dispuso á hacer desaparecer las huellas de la catástrofe, no sin murmurar entre dientes:

—Cómo se conoce que falta la señora!

Juzga tú, Julia, si tenia razon para incomodarme! Un descuido todo el mundo lo tiene! Sin embargo no dije nada.

La obra era colosal, y requería mucho tiempo para llevarse á cabo. Susana apenas podia dominar su impaciencia, y por fin dijo con su tono de mal humor:

—Voy á la cocina y vuelvo.

Lo que mas me importaba en aquel momento era que la abuela no nos cogiese infraganti, y pudiese juzgar por sí misma y en toda su estension de aquel horrendo desastre, y por lo tanto la respondí con voz breve é imperiosa:

—Concluyamos.

Pero la suerte, que estaba empeñada en perseguirme, hizo que al concluir nuestra operacion, se desplomasen los colchones que yo habia dejado en vago al sacar atropelladamente la almohada.

—Otra te pego! murmuró Susana, vuelta á hacer la cama!

Su tono era tan ácre, que no pude menos de encolerizarme.

—Las cosas se hacen tantas veces como es necesario, respondí.

—Entonces, quién dará vueltas al pollo que estoy asando?

Este era un argumento que no admitia réplica, y bajé con aire resignado á la cocina.

Pero hartó tardía habia sido la advertencia, por cuanto el pobre pollo estaba ya casi carbonizado.

Crucé las manos sobre el pecho, y permanecí atónita ante aquel segundo, y acaso mas formidable contratiempo.

—Usted tiene la culpa! exclamé fuera de mí al ver entrar á Susana; por qué no me avisó Vd. antes?

—Porque no tengo costumbre de que me llamen cuando estoy guisando, refunfuñó en voz baja, no hay mas que Dios que pueda estar en todas partes!

Yo hice como que no la oia, y contesté:

—Es preciso reemplazar este pollo con otro.

—Haremos una tortilla.

—No, no, ha de ser pollo, exclamé yo, que lo que mas deseaba era que la abuela no se enterase de lo sucedido.

—Los del corral son demasiado pequeños, y la señora no quiere que se los mate.

—Compraremos uno en la vecindad...

—Y si yo salgo, quién hará la comida?

—Esto es obra de un instante, la dije, no pudiendo ya reprimir mi impaciencia, y poniendo en sus manos una moneda de plata.

Susana salió, dando un portazo horrendo.

Me quedé sola.

—Ah! pensaba entre mí, mi madre tenia razon. Antonio no hace regla; los demás criados son soeces, atrevidos, desvergonzados...

Pero pronto el estrepitoso borboteo de los pucheros me arrancó á mis filosóficas reflexiones. Los habia de todos tamaños, grandes y chicos; pero todos se lamentaban á la vez, y dejaban escapar sus lágrimas abrasadoras al través de las tapaderas.

Parecian quejarse de tener tal jefe.

—Zapatero á tus zapatos! pensaba yo desconcertada.

No sabia qué hacer.

Quise apartar del fuego al mas embravecido, y me abrasé.

Aleccionada con esto, destapé el otro y empecé á soplar; pero el caldo, sin respetar mis soplidos, se pronunció completamente, derramándose sobre las ascuas, y levantando una nube tal de ceniza y humo, que me dejó casi ciega. Entonces cogí mi hermoso delantal de seda gris, y con su resguardo pude imponer condiciones al rebelde.

Estos eran los dos pucheros padres: con los otros me arreglé mejor.

Pero no se habian concluido mis trabajos: el caldo habia apagado totalmente la lumbre, y por mas que enristré el fuelle con heróica intrepidez, no conseguí volver á encenderla. Parecia que todos aquellos cacharros se habian declarado en rebelion al verse libres del férreo yugo de la Maritornes.

—Ah! me decia á mí misma en el colmo de la angustia; sin duda esa bruja se quiere vengar de mí! Era cosa de un instante y me parece que se han pasado dos siglos!

Cuando Susana entró yo sudaba á mares, y si el fuego estaba apagado, mis mejillas parecian dos ascuas.

—Me ha sido preciso recorrer todo el pueblo! dijo con su tono incisivo, y como no habia de faltar pollo, he cargado con un gallo, y gallo mas duro que la suegra de Caifás! No le arriendo la ganancia al bendito que hingue en él los dientes!

Y se puso á desplumarlo.

Yo la miraba hacer con profundo desaliento, porque los tirones que daba á las plumas me demostraban la verdad de sus asertos.

En medio de mi desesperacion, me ocurrió una idea luminosa. Para suplir al pollo, en caso de que no

se pudiese comer, lo mejor era hacer una tarta. Tú sabes que en casa de mi madre los días de lluvia hacíamos entre las dos unas tartas deliciosas, que nos valían muchos elogios.

—Yo desplumaré el pollo, Susana, la dije, y vaya Vd. á buscarme huevos, leche y harina.

Susana se cruzó de brazos y me miró fijamente. Había llegado al último paroxismo de la ira. Luego pareció tomar su partido, y volvió á emprender su tarea, como si nada la hubiese dicho.

Confieso que había para exasperar á una estatua de piedra. La arranqué de las manos el pollo, y la dije con una actitud digna de la tragedia griega:

—Vaya Vd.

La pobre puerta, empujada violentamente, dejó escapar otro gemido mas doloroso que el primero, y yo exhalé mi furor contra el indefenso pollo, arrancándole á la vez plumas, pellejo y carne.

Cuando volvió Susana, se le veían todos los huesos.

—Una cazuela grande, la dije; vamos á batir los huevos, Susana.

Al ir á obedecerme, echó de ver la catástrofe de la lumbre, y soltó un grito tan desgarrador, que á pesar de lo angustioso de la situación, no pude contener la risa.

—Los pucheros sin hervir, dijo alzando las manos al cielo, y quién sabe desde cuando!

Tuve compasión de ella.

—Cuide Vd. de la lumbre, respondí, yo batiré los huevos.

Susana cogió precipitadamente el fuelle, manejándolo con tanta magestad como una reina su cetro de oro.

Tú sabes cómo convertíamos en campo de Agramantes la cocina cuando hacíamos nuestras tartas; pero allí la cocinera, que se cuidaba poco de que las cosas estuviesen bien ó mal, y que sabía que si no me daba gusto mi madre la hubiera echado, se reía con nosotras y nos ayudaba á revolverlo todo.

No sé cuantas cazuelas y cuantos platos ensucié, porque echaba mano de los que mejor me parecían, sin cuidarme de volverlos á su lugar; rompí una fuente, y llené de grasa la mesa y el suelo.

A cada una de mis torpezas, Susana en vez de venir á mi socorro, se reía con un aire tan socarrón, que me daban tentaciones de estamparla la masa en la frente.

—Si esto durase mucho, murmuró por fin estallando, me iba, aunque fuese á comer yerba á los montes!

—Yo creía que los criados estaban en las casas para obedecer á sus amos, la repliqué sin poder contenerme.

—Eso es cuando los amos mandan á tiempo y con razón.

—Es sin razón querer hacer una tarta para obsequiar á mi abuela!

—Es que se hacen cuando es hora de hacerlas.

—Las hago cuando me acomoda!

—Y á mí no me acomoda aguantarlo!

Esto lo dijo entre dientes, pero yo lo oí.

—Es Vd. una desvergonzada, grité, y no sé cómo la abuela puede sufrirla...

—Es que la señora tiene otro modo. Hace mas de veinte años que estoy con ella, y estaria toda la vida, pero con Vd....

—Váyase Vd. pues ahora mismo!

Susana se quedó petrificada al oír estas palabras. Tendió los brazos hácia adelante, y se tambaleó como si estuviese ébria. Pero la impetuosidad de su carácter triunfó al fin de su emoción. Se abalanzó á su cuarto, que estaba inmediato á la cocina, hizo un lío con su ropa mas precisa, y se dirigió á la puerta, pero al trasponer su dintel se detuvo como herida del rayo, dejó caer los brazos á lo largo de su cuerpo y prorumpió en sollozos.

Yo no sabía qué hacer.

Ni ahora podría, Julia mia, inquieta con el recuerdo de aquellos sucesos, seguir refiriéndotelos. Adios, hasta otro día.

ANGELA GRASSI.

## LITERATURA.

### Á LA PRIMAVERA.

Follaje protector, lechos de flores,  
Auras de Abril, pasad  
Breves como la dicha y los amores  
De mi primera edad.

Brotó entre los jazmines de la infancia  
La rosa de mi amor  
Pura, rica en tesoros de fragancia  
Y espinas de dolor.

Con ansia yo, niño inocente, ufano  
Su aroma respiré;  
Cogerla quise con incauta mano  
Y un dardo me clavé....

Hoy miro de la rosa peregrina  
Secas las hojas ya;  
Tan solo en mí de la traidora espina  
Vivo el dolor está.

¿Qué otros dones, fecunda primavera,  
Debo esperar de tí,  
Si aquella, de mi amor joya primera,  
Yace sin vida en mí?

Vienes cambiando en tu mision bendita  
La tierra en un Eden ,  
Sin poner ni una flor en la marchita  
Guirnalda de mi sien.

Solo el recuerdo á mi dolor ofreces  
De un bien que pereció ;  
Tú pasaras para volver mil veces....  
¡ Ay ! para siempre yo.

TIMOTEO GARCIA DEL REAL.

## EL CIRUJANO DE MARINA.

[Continuacion.]

### III.

Luego que quedó solo Launay tuvo intencion de correr trás el inglés para exigirle razon de las últimas palabras que le habia dirigido , mas desistió de su idea por temor de romper tal vez para siempre con Fanny. Lo que le habia dicho este hombre , no podia por otra parte motivar razonablemente una provocacion: su lenguaje habia sido orgulloso mas bien que insultante , y por lo tanto debia resignarse.

Desde que una súbita opulencia , atribuida en el mundo á una herencia inesperada y lejana , pero de la cual ha adivinado sin duda el lector el verdadero origen , permitió á Eduardo Launay abandonar la marina , buscó sus distracciones en los viajes , habiendo recorrido sucesivamente la Italia , la Suiza y la Alemania. Al volver de esta última escursion , fué cuando la casualidad le condujo á Badenwiler en el momento mismo en que miss Morpeth acababa de llegar allí tambien. Impresionado por la belleza pura y tranquila de la jóven se aprovechó de la especie de libertad que la comensalidad establece entre los bañistas para aproximarse á ella. El idioma inglés le era bastante familiar para que pudiese conversar con miss Fanny en su propia lengua , y esta circunstancia , que vino á ser causa de su aproximacion , dió por resultado tambien el aislarlos entre los demás. Cercada de alemanes , á quienes no comprendia , miss Morpeth halló un verdadero júbilo en poder hablar la lengua de su pais. Entonces , dedicándose á corregir el acento de Eduardo , cuyos galicismos le divertian , le daba largas esplicaciones , que el jóven tenia buen cuidado de olvidar , á fin de que su ignorancia necesitase siempre nuevas lecciones.

Entregada por completo á esta enseñanza , Fanny dejó ver de este modo su alma desnuda de toda apariencia. Su superioridad accidental le eximia de toda modestia ; anhelando ser un profesor concienzudo ,

olvidó sus reservas de jóven , y mostró á Launay toda la fuerza y toda la gracia de su inteligencia.

Estas lecciones eran dadas frecuentemente en francés , y esta circunstancia les prestaba un encanto irresistible. Hay con efecto , en el acento desusado que una mujer extranjera y bella da á una lengua que no es la suya ; en ese tono de duda é interrogacion de una voz que vacila ; en esa especie de ruego perpétuo de una boca inhábil , no sé qué gracia infantil. Las actitudes imprevistas que da á su pensamiento , todos esos encantadores vicios en la pronunciacion de los vocablos que salen de sus lábios armoniosos , tienen algo de nuevo y tímido á la vez , que trae la sonrisa á los lábios. Subyugado por este caprichoso atractivo Launay no abandonó ya á miss Morpeth.

A fin de justificar su asiduidad propuso leerle nuestros mejores poetas y discutir con ella las dificultades de lenguaje que pudiera observar. Pero estas esplicaciones no se contrajeron largo tiempo al dominio de la gramática. Pasando de la forma al pensamiento , y de éste á sus deducciones , los dos jóvenes entraron pronto en la discusion de todas esas tesis delirantes y tiernas , de que tan peligroso es tratar en la sociedad. Sin apercibirse de ello , Eduardo y Fanny descendieron de las generalidades á las aplicaciones , y se apartaron de la fábula para penetrar á pié llano en la historia. Un mes habia sido bastante para todo esto , y cuando Mr. Burns llegó ya se habian confesado claramente su amor.

La aparicion de éste turbó su tranquila dicha. Miss Morpeth lo anunció á Launay como un amigo de su familia , á quien amaba y respetaba como si fuera su padre , mas sin esplicarse mas sobre las relaciones que con él la ligaban. No fué , pues , sin cierto descontento , mezclado de celos , que Eduardo se apercibió del imperio que el recién llegado ejercia sobre Fanny , y de la ternura que recíprocamente se manifestaban. Por esta razon no respondió sino débilmente á las palabras de Mr. Burns , que , por otra parte , se encerró en los límites de una dignidad fria é inquisitorial que le chocó. Desde su cambio de situacion , experimentaba Launay una repugnancia estremada en hablar de su pasado , y las menores alusiones relativas á su persona ó á su vida le irritaban. Con frecuencia en medio de la conversacion mas animada , un hecho relatado , una palabra pronunciada al paso y sin intencion , embargaban su alegria ; y era evidente para todo observador atento , que habia en su alma cuerdas fatales que no podian ser heridas , aunque fuese por casualidad , sin escitarle un estremecimiento interior y doloroso. Se concibe , pues , que debiese responder á algunas indirectas preguntas que le dirigió Mr. Burns , bastante bruscamente para quitarle el deseo de renovarlas. El inglés se abstuvo , en efecto , desde entonces de toda cuestion ; pero por consecuencia sin duda de la influencia que secretamente ejercia sobre

miss Morphet, ésta comenzó también desde aquel momento á mostrarse menos libre y menos tierna. Eduardo, inquieto, quiso explicarse con la jóven, y no pudo obtener de ella sino palabras entrecortadas y algunas lágrimas. En este punto se hallaban las cosas cuando Launay tuvo con Mr. Burns la conversacion de que hemos hablado en el anterior capítulo.

#### IV.

Cuando por la noche Launay encontró á miss Fanny en la sala donde se reunian los bañistas, se contentó con saludarla, y fué á colocarse á la otra estremidad de la mesa de trabajo, cerca de Mad. Perscof.

No podia perdonar á miss Morpeth la sumision que demostraba á la voluntad de aquel Mr. Burns á quien detestaba. ¿Cuál era en definitiva la causa de esta dependencia á que Fanny se resignaba? ¿No era esta dependencia demasiado respetuosa para estar fundada solamente sobre la amistad, y demasiado tierna para estarlo sobre el temor? Así pensaba Launay, deduciendo que evidentemente habia en todo esto un misterio inesplicable. En cuanto á las vergonzosas suposiciones que habian hecho algunas mujeres, Eduardo no pensaba en ellas, porque miss Morpeth se habia descubierto libremente á él, para que pudiese desconocerla en este punto. Inclinado hácia esta alma pura, habia visto hasta lo mas profundo, como se vé á través del agua cristalina de una fuente. Habia en ella pureza tan evidente, candor tan santo, que al verla la duda no podia existir. Sus virtudes eran percibidas como el sol, sin que asomar pudiera la idea de discutir las; se comprendia que existian en ella por la misma razon que comprende cada uno su propia existencia. Solo en los caracteres, cuyo valor es contestable, se prueba evidentemente la incertidumbre: esta, es en ellos como un instinto de repulsion que se despierta en el alma. De esta manera la posibilidad de la sospecha es tal vez el primer castigo que se da á sus dudosas virtudes.

Entretanto, Mad. Perscof, tan sorprendida como encantada de tener á Launay al lado de su hija, no omitia cosa alguna para serle agradable. Le habló sucesivamente de su abuelo el burgo-maestre, de las bellezas de la Suiza, y de cuadros, sin poder animar la conversacion. Para escapar á nuevas tentativas, Eduardo tomó su album y comenzó á dibujar á la ventura.

Mas siempre sus ojos y su espíritu se dirijian involuntariamente hácia el rincon oscuro en que se hallaba miss Morphet. En fin, impacientado de no verla hacer ninguna tentativa para aproximarse, dejó allí su cartera y se puso á pasear á grandes pasos.

Mad. Perscof, esperando volver á atraerle tomó el album y se estasió contemplando un paisaje italiano,

que miraba del revés; pero viendo que sus exclamaciones eran inútiles, y que Launay continuaba en su paseo, pasó el cuaderno á su vecina, la cual hizo á su vez otro tanto, y bien pronto el album habia dado vuelta al círculo, yendo á parar á manos de miss Morpeth. Aunque ella le conociese, empezó á hojearlo, menos por ver los dibujos, que por tener á su vista algun objeto de Eduardo. Al recorrerle se detuvo maquinalmente sobre un estudio de rocas. Mr. Burns, que estaba á su lado y seguia con la vista los dibujos, pareció sorprendido á esta perspectiva.

—Ah! ¡ El Irglas! —esclamó.

Launay, que se hallaba á algunos pasos, se volvió con un estremecimiento convulsivo.

—Quién os ha dicho eso, caballero? le preguntó con visibles muestras de desagrado.

—El nombre está escrito al pié, respondió dulcemente Fanny.

—Esto es un error: esta vista no es la del Irglas; yo no la conozco.

Tomó entonces de nuevo su album, y mirando el dibujo indicado:

—Es un ridículo bosquejo que hice en Suiza, añadió; y arrancó la hoja con incomodidad.

Mr. Burns habia seguido todos sus movimientos con aire asombrado. Hubiérase dicho que lo que acababa de pasar traia á su memoria un recuerdo particular. Al pronto pareció que se disponia á interrogar á Launay; despues, como si hubiese renunciado á esta idea, se alejó pensativo.

Dos dias transcurrieron sin cambiar nada la posicion de los dos amantes. Eduardo, herido en su amor propio, esperaba una iniciativa de parte de Fanny que le permitiese volver á emprender sus antiguas costumbres. La jóven por su parte, parecia querer renovar su intimidad de otras veces, y sufrir á pesar suyo una dura necesidad que la reprimia. Era evidente que existia un misterio entre los dos jóvenes que los tenia separados, porque si un secreto poseido en comun, es una especie de lazo que une para sienpre dos corazones, poseido separadamente es un muro que el amor mismo no podria franquear. La situacion respectiva de miss Morpeth y de Launay habria podido, pues, prolongarse por mucho tiempo si una circunstancia inesperada no hubiese venido en su ayuda.

Una tarde, que Eduardo volvia de la montaña fatigado y abatido, entró en la sala comun, y fué á echarse de codos en una ventana. Los últimos crepúsculos de la tarde desaparecian ya, y las miradas del jóven erraban sin objeto sobre las copas de los árboles de la Selva-Negra, un tanto esclarecidas aun por los postreros rayos del sol poniente, cuando una voz bien conocida le arrancó de su meditacion. Volvióse vivamente, y descubrió á la otra estremidad de la sala á miss Fanny y Mr. Burns. La jóven estaba sentada, teniendo en la mano una carta, que parecia leer con una

profunda emoción. Algunas lágrimas se deslizaban por sus mejillas inflamadas, y entrecortadas exclamaciones se le escapaban á cada instante. Esta vista produjo sobre Eduardo un efecto indecible. Olvidando todo lo que habia pasado se dirigió vivamente al lado de miss Fanny pronunciando su nombre. La mirada de Mr. Burns le detuvo. Mas la jóven que habia visto su movimiento y le habia comprendido, le tendió la mano. Launay, trasportado apretó esta mano, que besó; despues acordándose de la presencia de Mr Burns, se puso encarnado como la grana, pero se inclinó con un gracioso embarazo y dijo:

—Perdon, señorita, pero al ver vuestra emocion no he podido dominarme: he temido que os hubiera pasado algun disgusto.

—Oh! no, caballero, respondió ella con una voz penetrante, esta carta no tiene nada de triste; es de gozo por lo que lloro.

Y mirando á Mr. Burns, como para leer en sus ojos la aprobacion de sus palabras, continuó:

—Sí, es una carta dichosa; no es así, amigo mio?

(Se continuará.)

R. R. DE MENDOZA.

## REVISTA SEMANAL.

La verbena de San Antonio nos ofrecia en cualquiera de los años anteriores suficiente asunto para una revista; pero son en el presente tantos los objetos dignos de escitar la curiosidad de nuestras lectoras, que aquella romería ha pasado desapercibida.

¡Y qué mucho, si en estos dias ni la Esposicion de Lóndres, ni la de las flores en Marsella, ni las funciones en Roma para la canonizacion de los mártires del Japon, ni aun casi la cuestion de estado para las elegantes madrileñas, es decir, los preparativos de su viaje de verano, merecen fijar su atencion!

Al encontrarse dos amigas en paseo no se saludan hoy con las usuales palabras de *Cuándo te marchas? Adónde vas?* La pregunta de actualidad es la de: *Hija, qué me cuentas del baile de la Ferrolana?*

En efecto, ¿conciben nuestras lectoras nada mas fantástico y delicioso que un baile á bordo de un buque suavemente balanceado por la brisa, donde los sonidos de la orquesta van á perderse en la inmensidad de los mares?

Las fiestas navales que han tenido lugar en Alicante, con motivo de la revista pasada por el Ministro de Marina á diez y nueve buques de nuestra escuadra, dejarán grato recuerdo en todos los que las han presenciado ó se interesen por las glorias nacionales.

Mas de quince mil forasteros han visitado aquel

puerto en los dias 8 y 9 del corriente, hallando á penas donde alojarse, llenas completamente las fondas, posadas y casas de huéspedes, y contentándose muchos con albergarse en los portales de las casas, ó dormir en los bancos de los paseos; pero todo se ha llevado con gusto por el placer de asistir á la que puede llamarse la resurreccion de nuestra marina, visitando los buques, cosa que el público ha podido hacer con facilidad, merced á la galantería con que el general Pinzon, jefe de la escuadra, dispuso que los botes y esquifes de los buques de guerra trasladasen gratis á bordo á todo el que lo desease.

Nuestras lectoras nos harán gracia de la descripcion de la revista y simulacro que presenció una inmensa poblacion flotante en miles de barcos de todas clases, espresando su entusiasmo con estrepitosos vivas.

A las diez, y apenas terminado el banquete oficial, dado el 9 á bordo de la RESOLUCION, con sus patrióticos y entusiastas brindis, principió el baile en la FERROLANA.

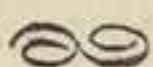
El puente de esta corbeta parecia adornado por inteligentes artistas, y sin embargo todo era obra de sus marineros. Las paredes estaban figuradas por banderas de todas las naciones, y por la española el techo, del que pendian vistosas arañas compuestas de revolvers y bayonetas, cubiertas de ramos y flores; en sus bocas se habian colocado las bugías, cuya suave y esplendente luz se reflejaba en el pintado suelo, que imitaba los dibujos y colores de una alfombra. Verdes arcos de follaje cubrian los palos del buque, y para que nada faltase á la completa ilusion de aquel magnífico salon de baile improvisado, se habia colocado el retrato de S. M. en un elegante trono. El tocador de las señoras estaba en la cámara del Comandante: la orquesta en la popa, y á sus seductores compases mas de cien bellezas alicantinas, valencianas y madrileñas, bailaban polkas, habaneras ó walses con los jóvenes y finos oficiales de marina. A la mitad de la fiesta pasaron los convidados al vapor VULCANO, unido por un puente á la FERROLANA, donde estaba dispuesto un exquisito refresco. El salon de descanso estaba en el COLON, unido tambien á la corbeta por otro puente.

El baile terminó al amanecer, y la FERROLANA registrará en su diario la fiesta de esta noche deliciosa, jurando sus tripulantes no volver á dejarse vencer por otras bellezas, si segunda vez volbiesen á dar la vuelta al mundo, y fuese posible encontrarlas tan seductoras en otros climas.

MARIA DE LA PAZ.



## MODAS.



## Explicacion del FIGURIN núm. 673.

[ Para las suscriptoras á dos figurines. ]

FIG. 1.<sup>a</sup> TRAJE DE CAMPO.—*Levita y falda* de poplin, color de mahon. La falda es enteramente lisa. La levita alta y cerrada, tiene un cuello con picos agudos por delante y que queda levantado por detrás. Los delanteros se sujetan con un corchete en el escote y bajan entreabiertos, dejando ver una camiseta de batista, hueca, y que se recoge debajo del cinturón *Médicis*, que es de poplin. [La manga es ancha, de codo y con grande vuelta. Los delanteros, bolsillos y vueltas de manga van adornados con patas ó presillas de grós negro, con un boton de plata ó de acero en la punta: el cinturón lleva el mismo guarnecido.

*Sombrero* de paja de Italia, de ala redonda y lisa: un agreman de paja rodea la copa, y cae por detrás con dos bellotas. El velo es de gasa y tambien pajizo.

*Peinado* de bandós huecos y rizados, que vienen por detrás á unirse á las cocas, las que terminan en castaña: un *arrepentimiento* sale de uno de los bandós y cae sobre el hombro opuesto.

FIG. 2.<sup>a</sup> TRAJE DE CALLE.—*Vestido Gabriela*, de grós color de lila, brochado de ramos negros.

El cuerpo es alto por detrás, y abierto en punta por delante; los contornos van guarnecidos por un plegado que tiene por detrás siete centímetros y termina en disminucion por delante, y se compone de trozos de glasé lila y de glasé negro, alternados. La parte escotada va cubierta de un peto interior de glasé lila, guarnecido de tres rizados negros atravesados. La manga va abierta por detrás, y el hueco de la abertura se cierra con una punta correspondiente al peto: un plegado lila y negro, alternado, adorna los contornos. A cada lado de la falda hay un costadillo, compuesto de dos encañonados de glasé lila y negro, á trechos, que partiendo de la cintura ensanchan hasta 12 centímetros que tienen en el bajo, donde se unen á un volante encañonado, que adorna la falda por delante y por detrás. Entre las dos caidas que forman el costadillo se colocan cinco rizados negros atravesados. El cuerpo y la falda llevan por delante botones negros de seda.

*Sombrero* de crin blanca, adornado de crespon y cintas lila, terciopelitos y blonda negra. El borde del ala va guarnecido de crespon: una tira de lo mismo rodea el fondo: las bridas son de cinta de seda lila, y principian en un lazo puesto sobre la copa. El bavolet va abierto en dos partes, cortadas en punta, entre

las que se ve el nudo del pelo. Una blonda negra termina el bavolet, viniendo á morir en las cintas de atar. Debajo del ala hay un bandó de ramaje con pinpollos de rosa: el rostrillo es de blonda blanca. Los bandós huecos y rizados del peinado, van sujetos en las sienes con peinetillas doradas.

FIG. 3.<sup>a</sup> TRAJE PARA NIÑA DE OCHO A NUEVE AÑOS.—*Vestido* de muselina blanca lisa. El cuerpo es alto y fruncido: la falda va cubierta de volantitos encañonados. El *cinturón* es de seda color de rosa, con anchos cabos flotantes.

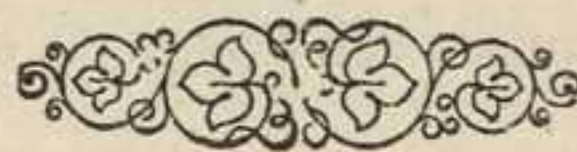
*Sobretudo* de grós verde, de corte recto por delante y por detrás. La manga es de codo. Un rizado guarnece los contornos, adornados tambien de un bordado de cordoncillo negro: un adorno igual figura la vuelta de la manga, y un rizado los bolsillos.

*Sombrero* de paja, de campana, con el ala y copa redondas, y una pluma rosa. *Redecilla* de seda del mismo color.

## Explicacion del pliego de Dibujos.

- NUM. 1. *Guarnicion* rica para enagua, pero sin dejar el feston al aire, sino por el contrario, recorriendo el doblez del jareton por la parte interior.
- NUM. 2. *Cenefa* para bordar el bajo de un vestido de piqué con galon y trencilla blanca.
- NUM. 3. *Cuello* para jovencita, bordado á *feston* y *plumetis*.
- NUM. 4. *Puño* correspondiente.
- NUM. 5. *Guirnalda* y *Custodia*, para bordar con sedas y oro, al *pasado*, la cortinilla de un Sagrario.
- NUM. 6. *Entredos* para enagua, bordado á *feston*.
- NUM. 7. *Otro idem* á *plumetis*, para chambras ó delantales de niña.
- NUM. 8. *Feston* con esquina, para ropa de envoltura.
- NUM. 9. *Otro idem*, para camisitas de recién nacido.
- NUM. 10. *Entredos*, para gorras de mañana, bordado al *pasado*.
- NUM. 11. *Esquina* para pañuelo de niña, bordado á *feston* y *plumetis*.

AURORA PEREZ MIRON.

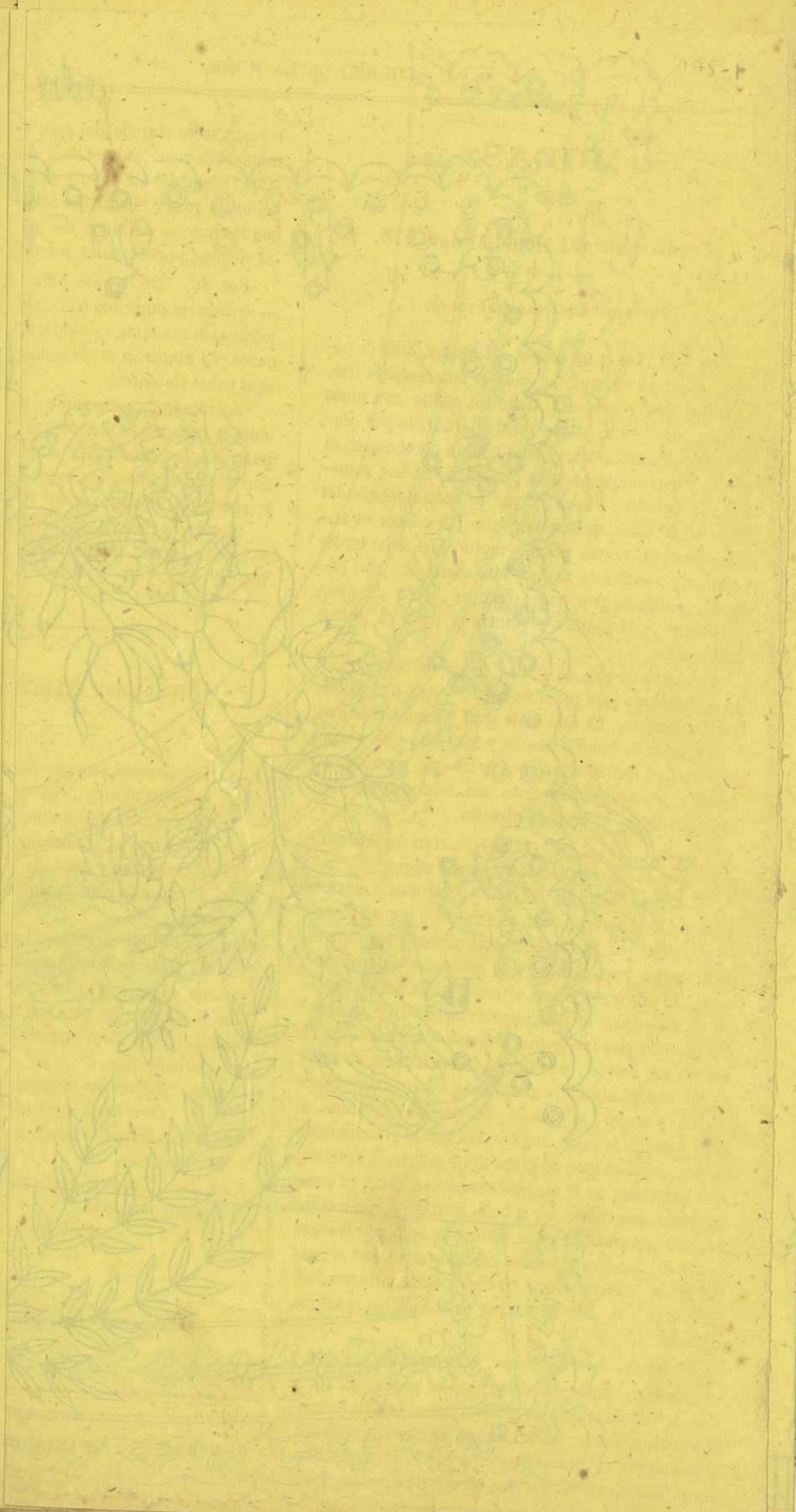


Por lo no firmado: El Director

Y EDITOR PROPIETARIO—P. J. de la Peña.



175-1



eto], por  
Antonio Ar-  
e *Labores.*

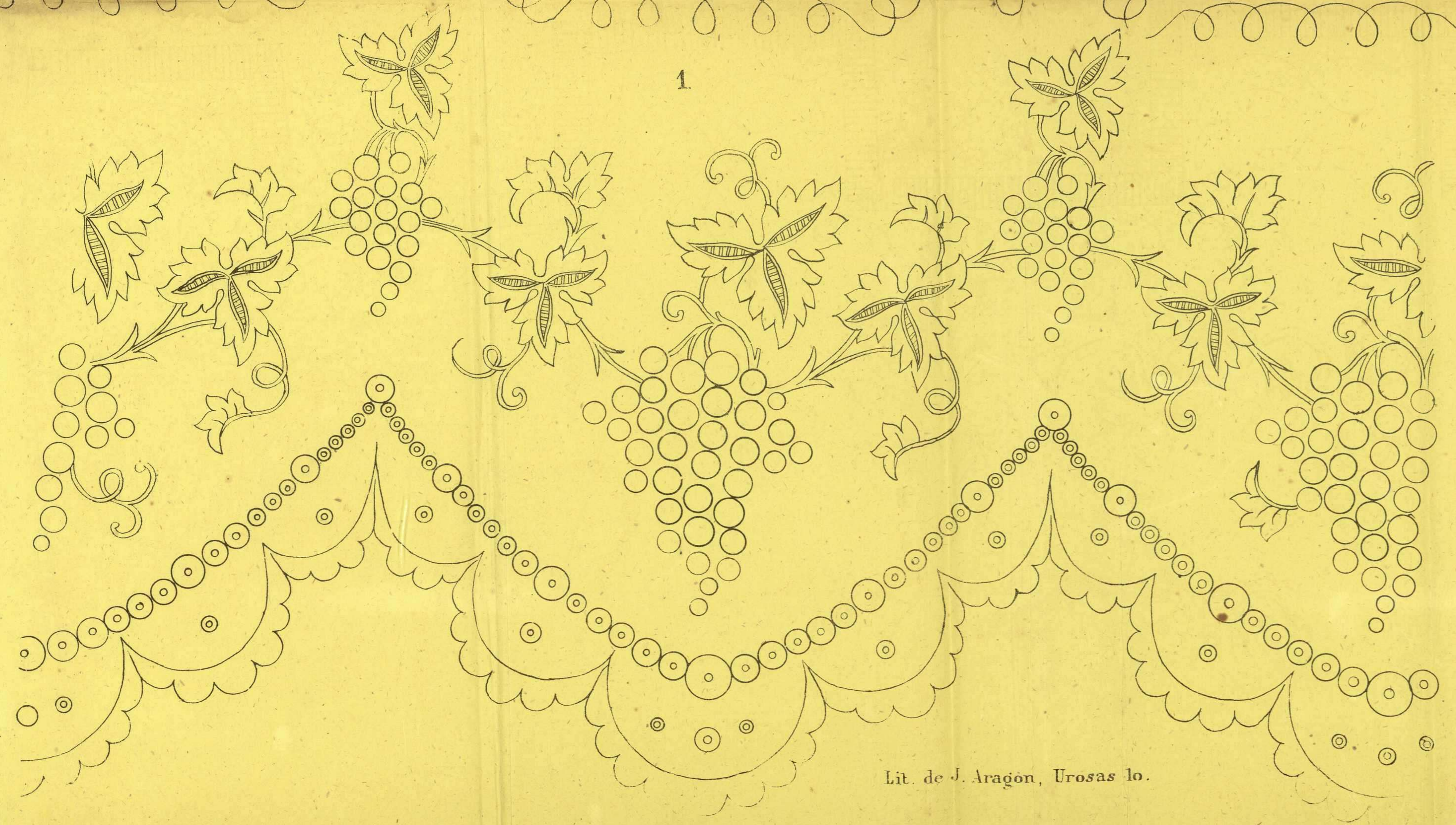
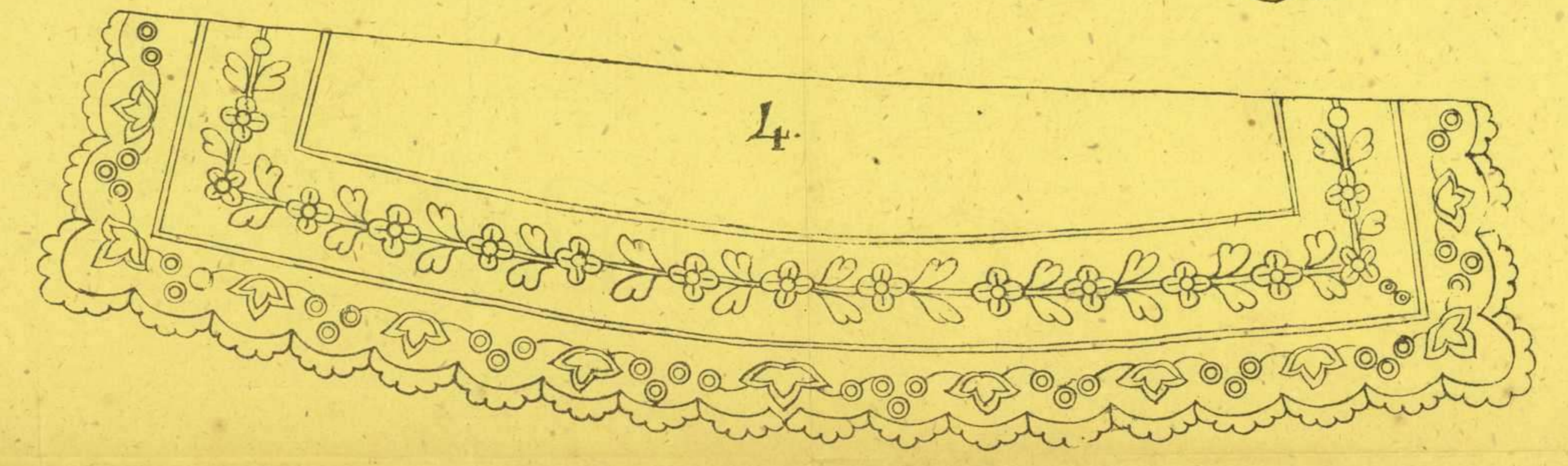
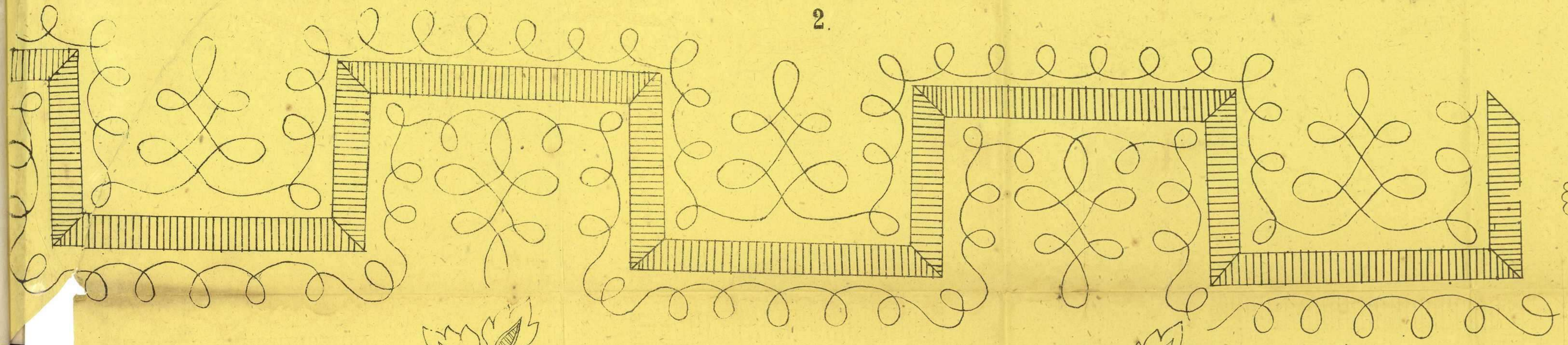
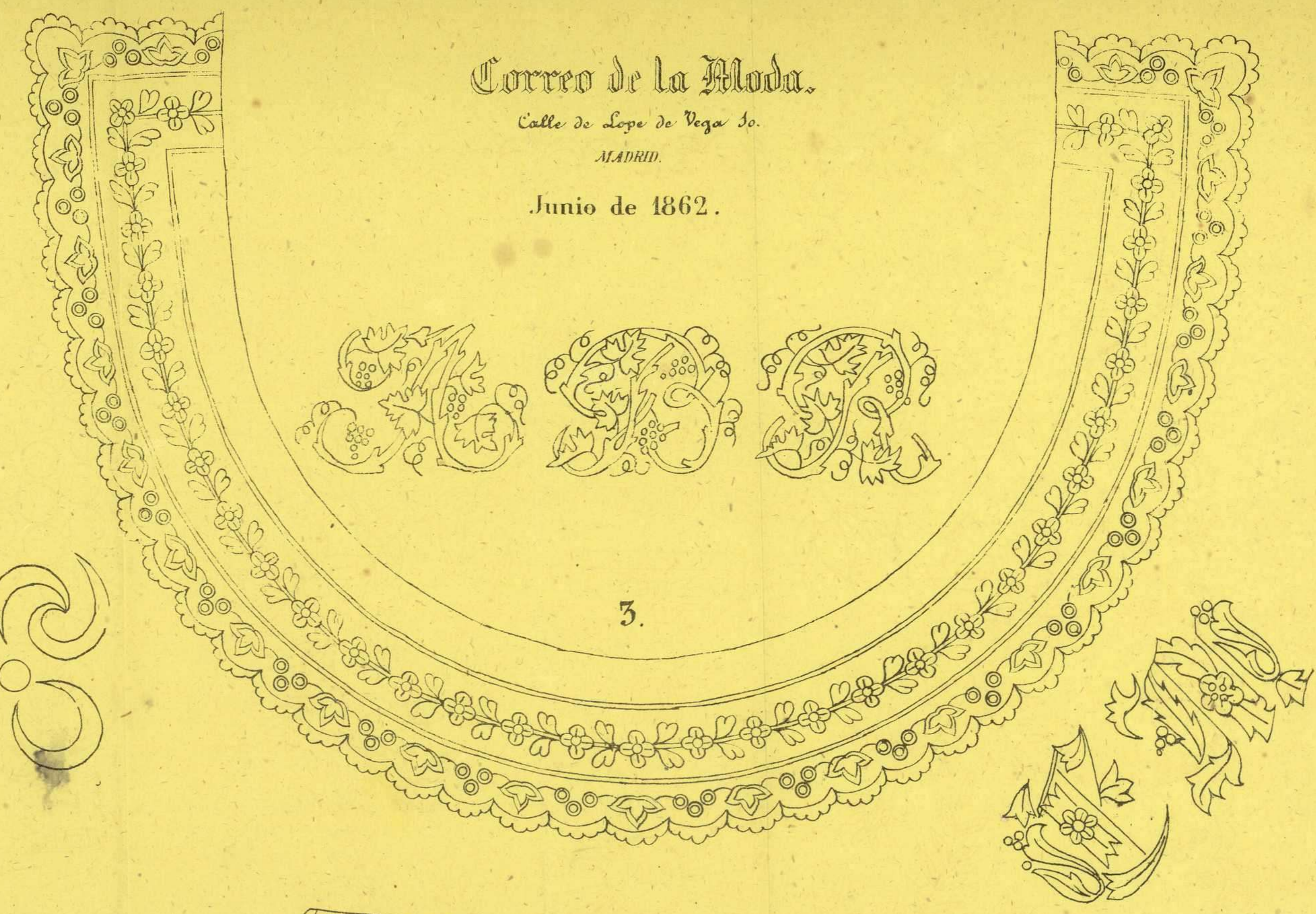
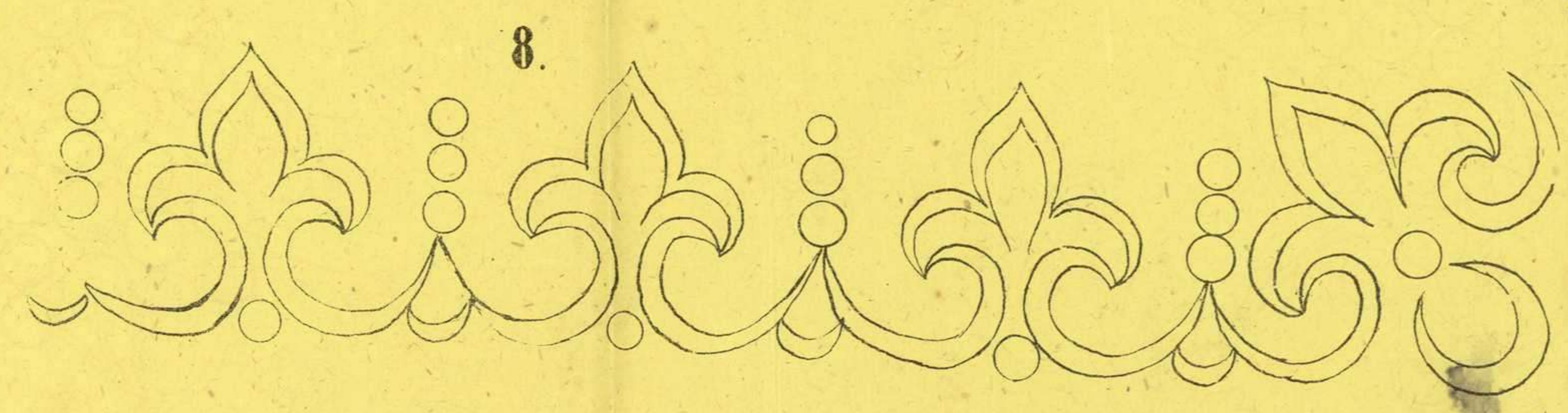
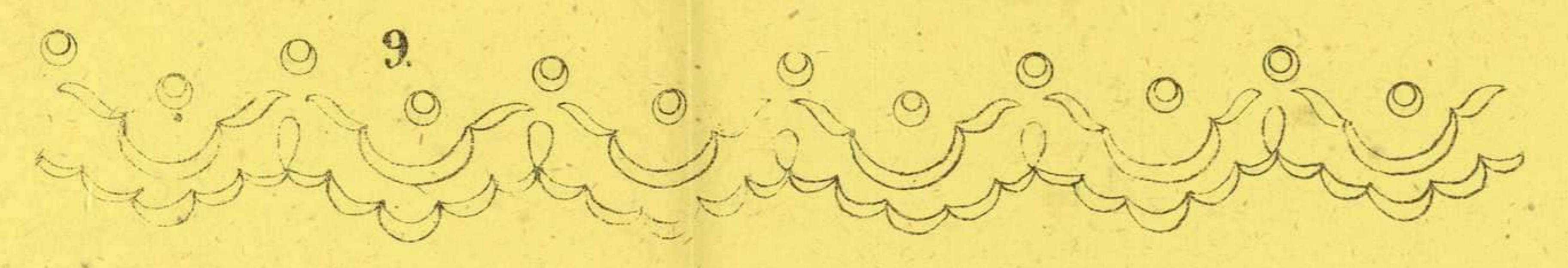
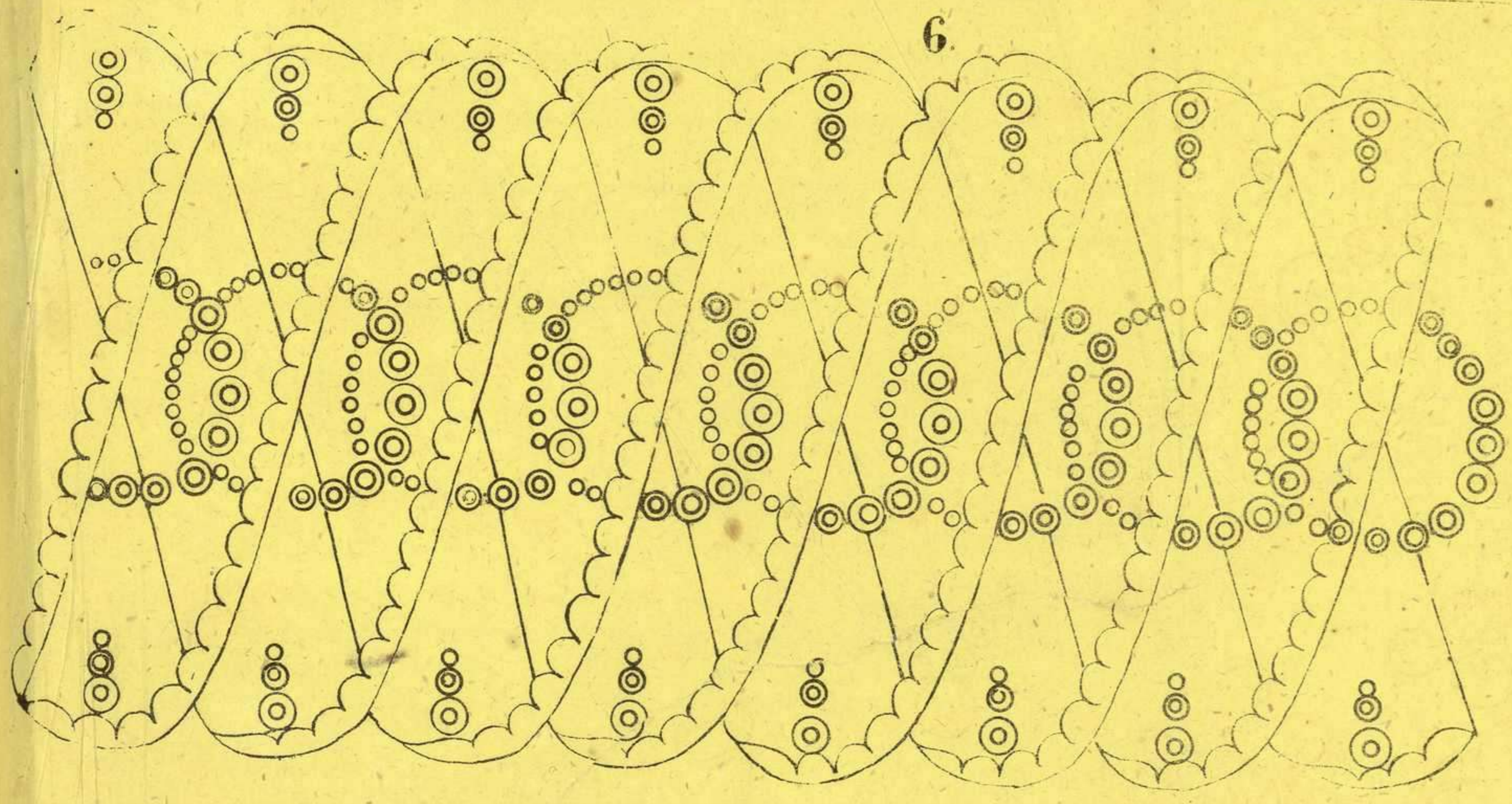
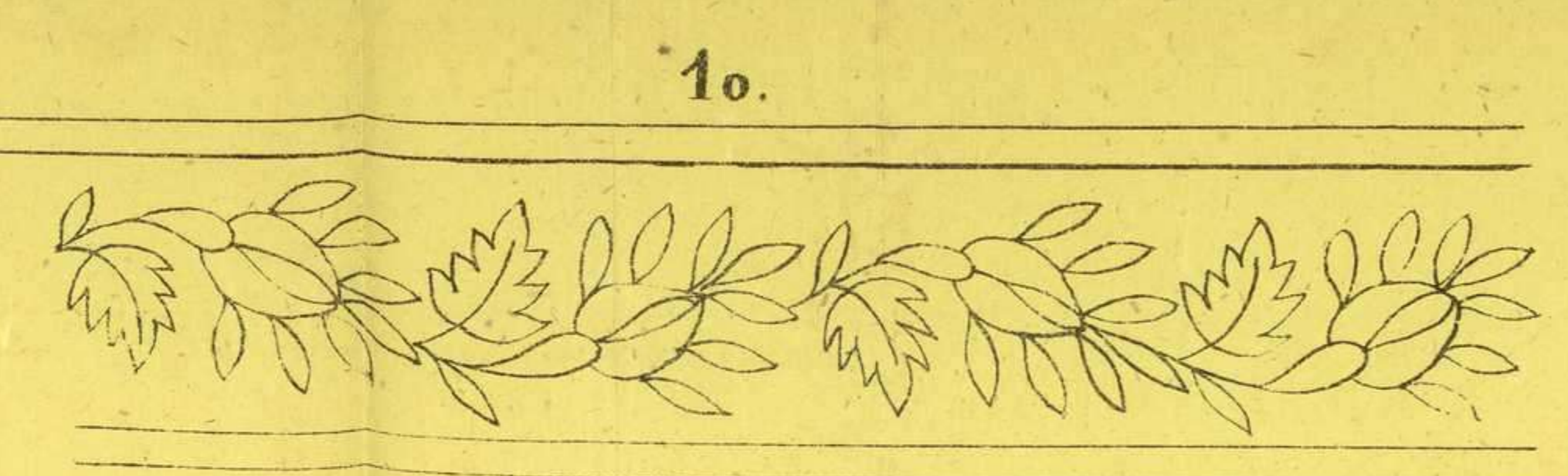
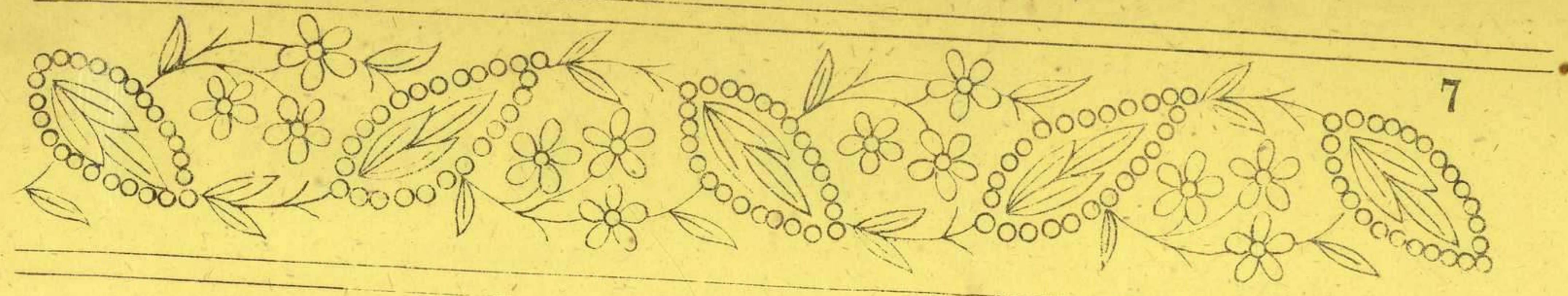
fundamente  
nosotros la  
omo bajo el  
or inmacu-  
e la familia,  
ros, el em-

as vive en-  
las antiguas  
mas que sus  
i reciben la  
unasocio-  
enseñan des-  
strumentos,  
rmonium.

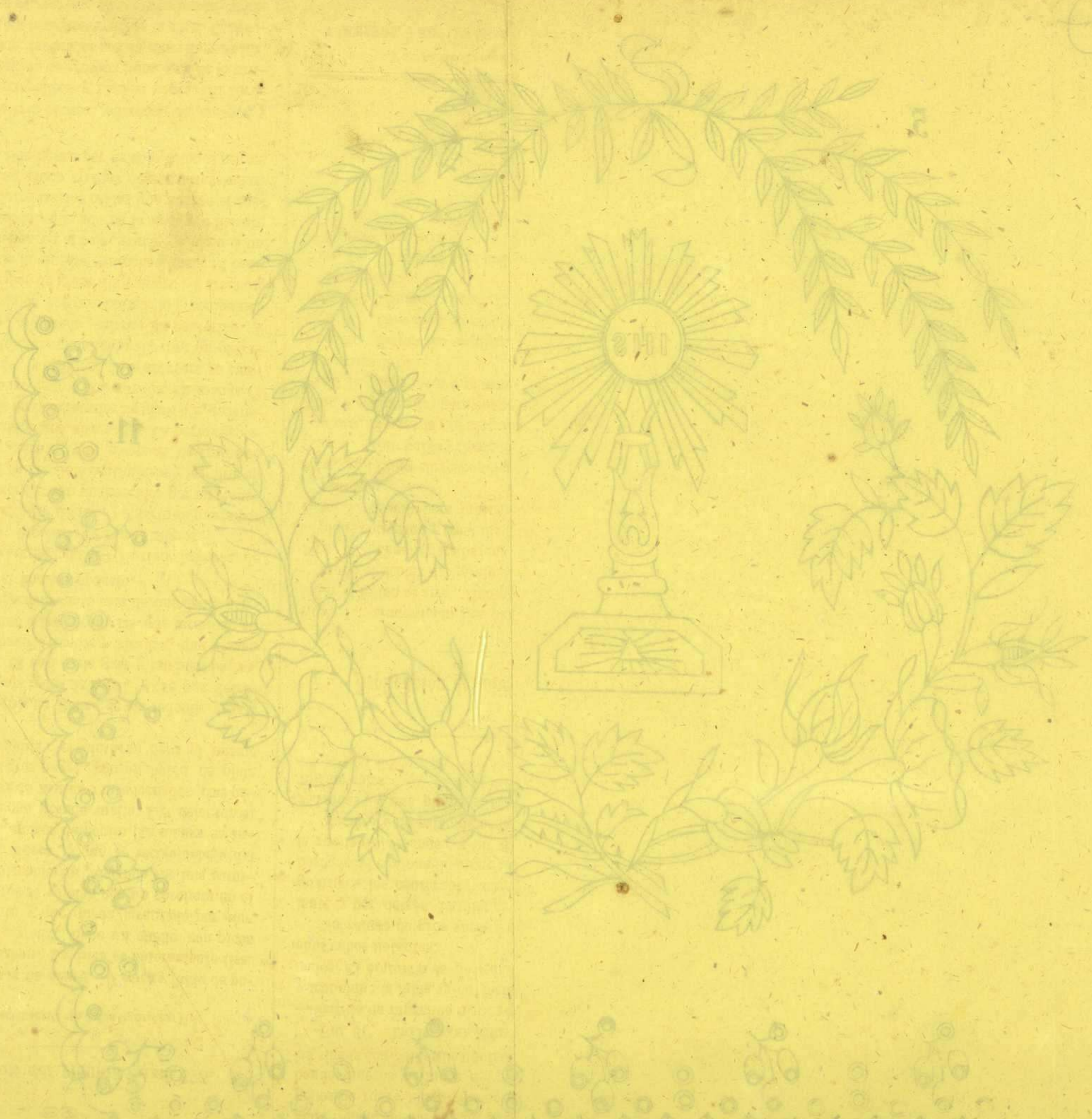
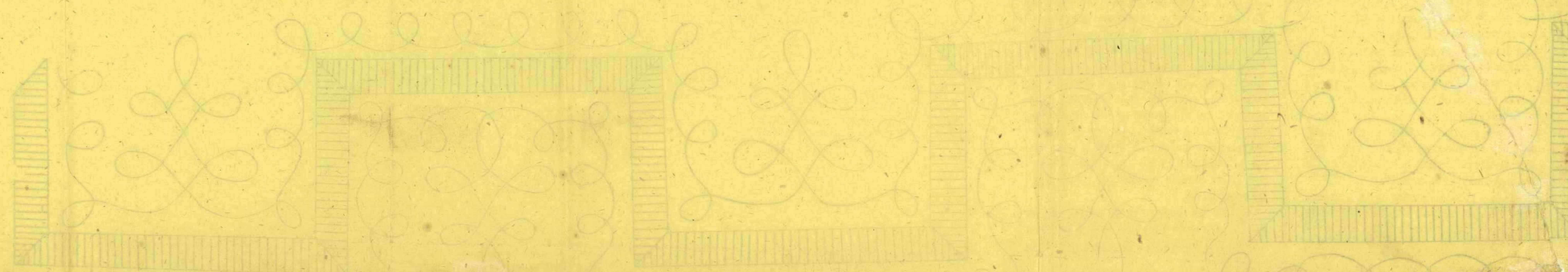
as han des-  
es de nues-  
entado hace  
que floreció  
bió sobre los  
sexo, aunque  
*y debilidad,*  
costumbres,  
es, y no han  
sas semillas.

períodos de  
damente, por  
como han pa-  
l y lo grande  
adornarse es  
lo que llenan

que es fácil  
una para for-  
er una pobre



Warrant to the Sheriff  
of the County of ...  
June 1882



Esp

**FIG. 1.**  
 plin, colo  
 La levita a  
 agudos po  
 trás. Los d  
 escote y b  
 seta de b  
 cinturón A  
 cha, de c  
 bolsillos y  
 tas ó presi  
 ó de acero  
 guarnecid

Somb  
 un agrema  
 con dos b

**Peina**  
 por detrás  
 castaña: a  
 dós y cae

**FIG. 2**  
 grós color

El cue  
 delante; l  
 do que tie  
 disminuci  
 glasé lila  
 da va cubi  
 cido de tr  
 abierta po  
 ra con uu  
 do lila y  
 cada lado  
 de dos en  
 que parti  
 tímetros  
 volante e  
 y por det  
 tadillo se  
 El cuerpo  
 de seda.

Somb  
 cintas li  
 del ala va  
 mo rodea  
 y princip  
 let va abi

